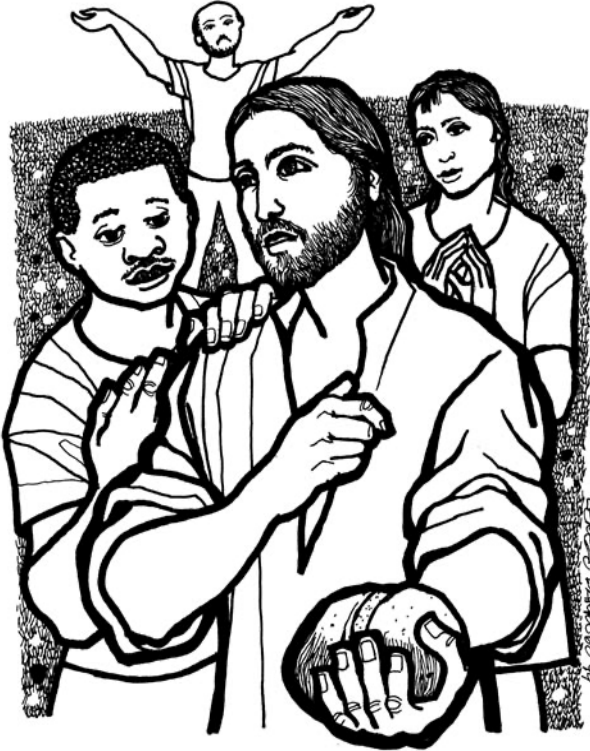


**4 AGOSTO 2024
DOMINGO 18-B**



1. CONTEXTO

MANÁ

Uno de los símbolos más importantes de las tradiciones que hablan del paso por el desierto ha sido el maná, comida que el mismo Dios ofrecía a los hebreos cada día (cf. Ex 16). En el fondo de este símbolo hay una antigua tradición que evoca una comida que podía conseguirse en ciertas zonas del desierto arábigo, procedente de las hojas de un arbusto (*tamarix mannifera*), que segregan un fluido (un tipo de resina) que se solidifica y resulta comestible.

Fundándose en ese dato dándole un sentido religioso, los israelitas posteriores construyeron la tradición del maná, que Dios mismo les habría dado cada noche, como lluvia o rocío del cielo, evocando con ello la experiencia de la cercanía y providencia de Dios en medio de las grandes pruebas de la tierra.

Por las mañanas había una capa de rocío en torno al campamento. Y al evaporarse la capa aparecía sobre el suelo del desierto una cosa menuda, como granos, parecida a la escarcha de la tierra. Cuando los israelitas la vieron se decían: ¿Qué es esto? Pues no sabía lo que era. Moisés les dijo: *Éste es el pan que Yahvé os da por alimento. Que cada uno recoja lo que necesite para comer, un gomor (=medida) por cabeza, según el número de*

los miembros de vuestra familia: cada uno recogerá para la gente de su tienda.

La etimología popular de la palabra proviene de la pregunta de los israelitas: ¿qué es esto: *man-hu*? Y señala de un modo esplendido el sentido de esta comida que se expresa siempre en forma de pregunta: maná, es decir, *man-hu*, ¿qué es esto? Por encima de las protestas de aquellos que desconfían de Dios, viene a mostrarse la gracia de ese Dios que alimenta a su pueblo y responde a sus preguntas siempre abiertas.

Ésta es la comida de cada día, incluida el día de descanso que no puede recogerse, comida que no se puede almacenar, ni convertir en un tipo de capital, porque se pierde, comida igual para cada uno, sin clases ni deferencias entre ricos y pobres, comida como don del cielo, en la línea que Jesús evocará en el Padrenuestro (¡el pan nuestro de cada día...! Mt 6,11). Este signo del maná pone de relieve el “milagro” de la providencia de Dios, que ha mantenido la vida de los israelitas no solo en los caminos del desierto, sino a lo largo de su dura historia de persecuciones y crisis. Este es el pan regalado, no impuesto. Por eso se opone al pan del diablo de las tentaciones que dice a Jesús “*que convierta las piedras en pan*”; pues bien, Jesús responde con las mismas palabras que provienen de la tradición del maná: “*No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que brota de la boca de Dios*” (Mt 4,1-4; Dt 8,3). Frente al pan de Egipto, que es abundancia capitalista (que oprimía a los hebreos), el Deuteronomio presenta así el pan de Dios, que define la identidad israelita. Es pan regalado, pan gozoso que viene de Dios (de su creación). Es pan universal que iguala a todas las familias y personas, ricos y pobres, sin que se pueda amontonar (como el trigo de Egipto). Es pan de cada día, pan sagrado, que sirve para marcar el ritmo sabático. Es normal que Dt 8,1-20 lo recuerde como alimento de la gran prueba de Dios, pues no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que brota de la boca de Dios. Desde esta base ha elaborado Juan 6 su visión de la Eucaristía cristiana, verdadero maná, pan de Dios, vida mesiánica que Jesús ofrece a los hombres.

Frente a los idolotitos (carne ofrecida a los ídolos), comida de la Bestia y Prostituta, ofrece Jesús a los fieles de Pérgamo (Ap 2,17) el maná, comida gratuita y compartida de los participantes de este nuevo Éxodo cristiano. Al final (Ap 21-22) no se necesita ni maná: como alimento para todos se eleva a la vera del agua el árbol de la vida (22-2)

(Xabier Pikaza. Diccionario de la Biblia. Verbo Divino. Estella (Navarra) 2007.)

1. TEXTOS

1ª LECTURA: EXODO 16, 2-4.12-15

En aquellos días toda la comunidad de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto diciendo: «¡Ojalá hubiéramos muerto por mano del Señor en Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne y comíamos pan hasta saciarnos! Vosotros, en cambio, nos habéis traído a este desierto para hacer morir de hambre a toda esta muchedumbre».

El Señor dijo a Moisés: «Mira, voy a hacer llover pan del cielo para vosotros. El pueblo saldrá todos los días a recoger la ración diaria, a fin de probarle si camina según mi ley o no. «He oído las murmuraciones de los israelitas. Diles: a la tarde comeréis carne, y a la mañana os saciaréis de pan; así conoceréis que yo soy el Señor, vuestro Dios».

Por la tarde salieron tantas codornices que cubrieron el campamento, y por la mañana había en torno a él una capa de rocío. Cuando se evaporó el rocío, apareció sobre la superficie del desierto una cosa menuda, granulada, fina, como escarcha sobre la tierra. Los israelitas, al verla, se dijeron unos a otros: «man hu' ¿qué es esto?», pues no sabían lo que era. Moisés les dijo: «Éste es el pan que os da el Señor para comer.

La falta de alimento y la imposibilidad de encontrarlo en el desierto hacen que el pueblo murmure contra Moisés y Aarón, y que lleguen a preferir las pequeñas seguridades de Egipto al futuro que Dios les promete. El Señor se muestra una vez más como **el Dios providente que asiste a su pueblo**. El maná y las codornices serán para ellos una manifestación de la gloria de Dios. El problema fundamental no es la necesidad de alimentos, sino la **confianza en Dios**, y así lo hacen constar Moisés y Aarón: el pueblo se ha rebelado, no contra ellos, sino contra el Señor (Ex 16,8).

SALMO RESPONSORIAL (SAL 78)

R/ El les dio pan del cielo.

Lo que oímos y aprendimos,
lo que nuestros padres nos contaron,
lo contaremos a la futura generación:
Las alabanzas del Señor, su poder,
las maravillas que realizó.

Dio orden a las altas nubes,
abrió las compuertas del cielo:
Hizo llover sobre ellos maná,
les dio pan del cielo.

El hombre comió pan de ángeles,
el Señor les mandó provisiones hasta la hartura.
Los hizo entrar por las santas fronteras
hasta el monte que su diestra había adquirido.

2ª LECTURA: EFESIOS 4, 17.20-24

Hermanos: os digo y os pido en nombre del Señor que no viváis como viven los paganos con sus vanos pensamientos. No es eso lo que vosotros habéis aprendido de Cristo; pues si verdaderamente habéis oído hablar de él y os han instruido en la verdad de Jesús, debéis despojarnos de vuestra vida pasada, del hombre viejo, corrompido por las concupiscencias engañosas, renovaos en vuestro espíritu y en vuestra mente y revestíos del hombre nuevo, creado según Dios, en justicia y santidad verdadera.

Pablo contrapone la vida de pecado de aquellas sociedades paganas, sobre todo la impureza y la codicia (véase Rom 1,24-27), a la vida virtuosa que deben llevar los cristianos. Esa vida de pecado era debida a la ignorancia y dureza de corazón que hacen perder la sensibilidad por lo verdadero y lo bello. La vida cristiana viene exigida por el evangelio, que aporta nueva luz al entendimiento y da fortaleza a la voluntad para la práctica de las virtudes que tienen que caracterizar la vida del cristiano.

Es la diferencia entre el *hombre viejo* y el *hombre nuevo*. El *hombre nuevo* es el hombre interior, creado a imagen de Dios, regenerado por Cristo, que bajo la acción del Espíritu Santo adopta una nueva manera de pensar y de actuar que se manifiesta en obras de bondad y misericordia, de humildad y mansedumbre, de pureza y sobre todo de amor (Col 3,10-14).

EVANGELIO: JUAN 6, 24-35

Hay que explicar el salto que nos ofrece la liturgia desde el domingo 16 (21 julio) al de hoy. Vimos entonces la vuelta de los apóstoles y cómo el Señor los invita al descanso. Terminaba aquel evangelio con esa mirada compasiva de Jesús a una multitud que andaban como ovejas sin pastor. Sigue Marcos con el relato de la primera multiplicación, pero la liturgia del domingo 17 (27 julio) nos ofrece el relato paralelo según el evangelio de Juan. En este domingo, sigue el evangelio de Juan después de la multiplicación.

24-25. Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron en los botes y se dirigieron a Cafarnaúm en busca de Jesús. Lo encontraron a la otra orilla del lago y le preguntaron: Rabi, ¿cuándo llegaste aquí?

La gente está desconcertada, después de haber creído que podía dominar la identidad ("*este es el profeta*") y de querer atraparlo ("*pensaban venir para llevárselo y proclamarlo rey*") perseveran en su búsqueda. La multitud se convence de que Jesús no está allí, ni los discípulos tampoco. Se embarcan y

van a Cafarnaúm en busca de Jesús. Esperan de él la solución a su indigencia.

Cuando lo encuentran le interrogan de tal manera que parece que han percibido en aquel hombre algo que se les escapaba, le llaman maestro. ¿Es un reconocimiento verdadero o una falsa argucia para seguir poseyéndole? Jesús no responde a la pregunta planteada, aparta la atención de la gente hacia las verdaderas motivaciones de la búsqueda.

26-27. Jesús les respondió: Os aseguro que me buscáis, no por las señales que habéis visto, sino porque os habéis hartado de pan. Trabajad no por un sustento que perece, sino por un sustento que dura y da vida eterna; el que os dará este Hombre. En él Dios Padre ha puesto su sello.

Jesús no responde a la pregunta, sino al deseo de encontrarlo. Han sido los beneficiarios del amor de Dios expresado a través de Jesús y los suyos, pero lo que ellos recuerdan es la satisfacción del hambre; por eso buscan a Jesús. Repartirles el pan había sido una invitación a la generosidad. No era solamente darles algo (el pan), sino que expresaba con el servicio la entrega de la persona.

Y les da un consejo: el alimento que se acaba da solamente una vida que perece. Pero el hombre no debe conformarse con una vida mediocre y efímera, debe aspirar a una **vida plena y sin término**, y ésta necesita su particular alimento. Ahora bien, es el Hijo del hombre, el que es modelo de Hombre, quien va a dar el alimento que no perece y que, por eso, producirá vida para siempre.

28-29. Le preguntaron: ¿Qué hemos de hacer para trabajar en las obras de Dios? Jesús les contestó: La obra de Dios consiste en que creáis en el que él envió.

El alimento puede significar en la Biblia la Palabra de Dios. Por eso aceptan no solo trabajar por el pan terreno, sino por la observancia perfecta de la Ley. En el fondo es un planteamiento fariseo. No es cuestión de hacer sino de creer.

Ellos entienden que hay que trabajar, pero no saben cómo ni en qué. Acostumbrados por la Ley a que Dios dicte mandamientos, preguntan a Jesús cuáles son lo que ahora prescribe. No conocen el amor gratuito; creen que Dios pone precio a sus dones. Jesús corrige el presupuesto de la pregunta. Dios no va a imponer nuevos preceptos u observancias. El trabajo que Dios requiere es único: dar la adhesión a Jesús como enviado suyo. Es una adhesión continua, que conlleva el deseo por acercarse al modelo de Hombre, Jesús, en su ser y en su actividad. Ese deseo de plenitud es el norte por el que el hombre tiene que orientarse. Trabajar para obtenerla es la tarea noble, la propiamente humana, más allá con mucho de la mera supervivencia.

30-31. Le dijeron: ¿Qué señales haces para que veamos y creamos?, ¿en qué trabajas? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Les dio a comer pan del cielo.

Los que no habían percibido la profundidad de la apelación "hijo del hombre", comprenden ahora que Jesús afirma ser el enviado de Dios y se muestran dispuestos a creer, pero con una condición: que manifieste su misión con un signo proporcionado. Que renueve los prodigios del Éxodo. Resulta extraño que ahora pidan un signo, teniendo cerca el de los panes. Le están manifestando su incredulidad.

En la Biblia se llamó "pan del cielo" al maná (Neh 9,15; Ex 16,15; Sal 78,24). Ellos esperan que Jesús realice los prodigios de Moisés. Parecen que le incitan a competir. Se exige lo portentoso, lo que deslumbra sin comprometer a cada uno, olvidándose de lo sencillo y cotidiano: el compartir, el dar vida.

32-33. Les respondió Jesús: Os lo aseguro, no fue Moisés quien os dio pan del cielo; es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. El pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo.

Jesús les responde con contundencia. Solo *su* Padre da el verdadero pan del cielo. El maná es cosa del pasado. El pan de Dios es la comunicación permanente de vida que él hace al mundo. Este pan baja del cielo, como el maná llovía de lo alto, pero sin cesar. Y no se limita a dar vida a un pueblo, sino a toda la humanidad. Y ya que Jesús es el que da ese pan, la comunicación continua de la vida de Dios al hombre se hace a través de Jesús.

Jesús habla no ya del Padre, sino de *su* Padre. El pan de Dios es él mismo. El procede de Dios, es su Hijo y su pan.

34-35. Le dijeron: Señor, danos siempre de ese pan. Jesús les contestó: Yo soy el pan de la vida: el que acude a mí no pasará hambre, el que cree en mí no pasará nunca sed.

Los galileos reaccionan pidiéndole aquel pan, que él mismo había de dar (6,27: *el que os va a dar este Hombre*) Lo llaman Señor, porque creen en su palabra, adivinan que Jesús puede satisfacer todos sus anhelos. Con respeto y deseo se lo piden, pero no se comprometen al trabajo, no acaban de darle su adhesión. Siguen en actitud pasiva, dependiente, buscando el beneficio propio.

Jesús, que repartió el pan, ahora se identifica con el pan, él mismo se da como pan. El es el pan que Dios ofrece a los hombres. Y hace una oferta diametralmente opuesta a la de la Sabiduría (Eclo 24,21): *el que me come tendrá más hambre, el que me bebe tendrá más sed*. La Ley del VT no llena totalmente, era como el agua del pozo de Jacob en el episodio de la samaritana (4,13). En adelante todo hombre tendrá que venir a Jesús para alimentar su fuerza y su vida, el hambre y la sed.

3. PREGUNTAS...

1. LA BÚSQUEDA INTERESADA DEL SEÑOR

“Os aseguro que me buscáis, no por las señales que habéis visto, sino porque os habéis hartado de pan”

Este reproche de Jesús también nos toca a nosotros de cerca. Muchas veces buscamos al Señor por el interés material. El vivir cada día motivados por el interés se nos ha colado hasta los tuétanos. Es lo que hay en el ambiente. **Casi todo se mueve por interés.**

Ya recomendaba San Pablo a los cristianos de Roma, y a nosotros también: “no os amoldéis al mundo este sino idos transformando con una nueva mentalidad, para ser vosotros capaces de distinguir lo que es voluntad de Dios, lo bueno, conveniente y acabado” (Rom 12.2).

Pero qué lejos estamos de ir creciendo en una nueva mentalidad, porque lo importante para muchos es vivir cada vez mejor, tener dinero y disfrutar de una seguridad. El que posee una seguridad económica, puede aspirar a lograr el reconocimiento de los demás, la autoafirmación personal y, en definitiva, la felicidad. Naturalmente, cuando el bienestar se convierte en el objetivo de nuestra vida, ya no importan demasiado los demás. Entonces es normal que se desate la competitividad, la insolidaridad, el acaparamiento injusto.

Este ideal del bienestar crea un modo de vivir tan superficial y tan insensible y ciego para las dimensiones más profundas del hombre, que ya no parece haber sitio para Dios. Sólo queda sitio para una religión «rebajada» al plano individual y privado, donde lo religioso se convierte, con frecuencia, en mero alivio de frustración y problemas individuales. Entonces, y aún sin ser conscientes de ello, la religión viene a ser un elemento más de seguridad personal, al servicio de ese ideal último que es el bienestar.

No basta alimentar nuestra vida de cualquier manera. No es suficiente un bienestar material. El hombre necesita un alimento capaz de llevarlo hasta su verdadera plenitud. Y ese alimento, lo creamos o no, es sólo el amor. **Sólo el amor da vida definitiva.** Sólo el que sabe ver el dolor de los que sufren y escuchar los gritos de los maltratados, puede escapar del engañoso atractivo del bienestar y buscar una vida nueva. Una vida que lleva a los hombres a su plenitud.

El don del pan ha sido expresión del amor, y es éste el alimento permanente que desarrolla la vida del hombre; el que lo construye y lo realiza. Ellos ven el pan sin comprender el amor, y en Jesús ven al hombre, sin descubrir que es el portador del Espíritu y lleva así la marca indeleble del Padre. Para el evangelista Juan las “señales” (signos, *semeion*) es un camino, es una apertura a una comprensión más profunda, el acceso a un orden de realidades de las que el evangelio ha dicho en otra ocasión que eran las del espíritu (3,6).

- *¿Buscamos al Señor para asimilarnos a él, para seguirle cada día?*
- *¿Encuentro “señales” de su presencia?*

2. JESUS ES EL VERDADERO ALIMENTO

Parece que todo el capítulo 6 de Juan es una catequesis cristiana sobre la eucaristía. **Jesús es el otro pan que necesita todo ser humano para vivir.**

Muchos de aquellos se han saciado de pan, acuden al milagrero, no al enviado de Dios. Jesús lo denuncia muy claramente: trabajad por el sustento que dura. Trabajad por aquello que merece la pena. **Soy yo el que fundamenta y da sentido a vuestras vidas.**

Si lo apartamos de nuestras vidas caeremos en lo que estamos viendo y viviendo. Estamos satisfechos de muchas cosas, pero **carentes de lo esencial.** Llenos por fuera, pero vacíos por dentro. Como bien nos dice el **Papa Francisco:** “En la cultura predominante, el primer lugar está ocupado por lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio. Lo real cede el lugar a la apariencia”. (EG 62)

Nos faltan puntos de referencia, asideros firmes, y por ello nos sentimos perdidos, desorientados. La tradición de valores sólidos (honradez, responsabilidad, validez de la palabra dada, respeto a los mayores, el esfuerzo para conseguir metas, la tolerancia, solidaridad, la compasión, etc.) no cuenta mucho hoy y, por tanto, no sabemos lo que hay que hacer.

Para librarnos de la angustia que ello genera se ha caído en un cierto **conformismo:** querer lo que otros hacen o en un **suave totalitarismo:** hacer lo que otros quieren. De ahí que aceptemos que **“las cosas son como son”** con un cierto sentido fatalista y, agobiados por la sensación de inseguridad, **preferimos instalarnos cómodamente en el día a día con su carga de provisionalidad.** En consecuencia, nos hemos hecho hedonistas, satisfechos, “pasotas”. En el horizonte sólo queda gozar del presente sin riesgos ni responsabilidades, incluido el entorno familiar.

La familia, para muchos, ha quedado relegada a una pensión, donde no pocos chicos y chicas todo lo tienen sin problemas, sin un aprendizaje de respeto a la persona, solo mirando el usar y tirar, incluida la sexualidad, sin aprender lo que es la ternura y la compasión con los más débiles.

Esta satisfacción aparente, tanto en chicos como en mayores, solo revela el vacío. De ahí **la llamada que nos ofrece el evangelio de hoy:** *Yo soy el pan de la vida: el que acude a mí no pasará hambre, el que cree en mí no pasará nunca sed.*

Primero nos dice **“yo soy el que te va a alimentar”** de veras. No busques chucherías ni comida barata. Y acudir a él, es el gran regalo que Dios nos ha dado. En eso sí hay que esforzarse, “trabajar”, lo demás es secundario. **Y creer,** a pesar de mil dudas y tropiezos que vamos dando por la vida. **El es mi luz, mi fuerza y mi destino.**

- *¿Trabajo por el alimento que perece o por aquel que da vida siempre?*
- *¿Es para mí Jesús el pan de vida? ¿Despierta en mí un hambre diferente?*

Juan García Muñoz (jgarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>